

# El poeta en la Academia

Vicente Quirarte

A los treinta y un años de edad, ya considerado uno de los grandes autores de su tiempo, Alfred de Musset fue admitido en el seno de la Academia Francesa. Como no asistiera a ninguna de las sesiones, el secretario Abel François Villemain se vio en la necesidad de hacer constar: *Il s'absent souvent*, a lo que sus colegas, de manera espontánea, respondieron: *Il s'absinthe un peu trop*. Con el juego de palabras entre *absent* y *absinthe*—ausente y ajeno—, los académicos se referían a las continuas excusiones de De Musset en brazos del hada verde, responsable de caídas y elevaciones de la mayor parte de los artistas del siglo XIX. Fiel hijo de su tiempo, De Musset dedicó su talento para forjar una de las obras más altas de su lengua pero también para cultivar el genio de su vida con lealtad a los reclamos de su iluminado instinto. De Musset escribía con el rigor de la Academia, pero se negaba a su disciplina, adelantado en subrayar que el poeta debe ser la mala conciencia de su tiempo. Para limpiar, fijar y dar esplendor, el poeta debía pasar antes por ese desorden de todos los sentidos que haría de Rimbaud heredero de De Musset y gran profeta de la visión moderna. ¿Para qué sirve un poeta en la Academia? ¿Para qué le sirve a un poeta la Academia? El iconoclasta Luis Cernuda, perteneciente a una generación próxima en múltiples sentidos al mundo académico, respondió en un poema dedicado a otros rebeldes sublimes, Rimbaud y Verlaine:

El gobierno francés, ¿o fue el gobierno inglés?, puso  
[una lápida  
en esa casa de Great College Street, Camden Town,  
[Londres,  
adonde en una habitación Rimbaud y Verlaine,  
[rara pareja,  
vivieron, bebieron, trabajaron, fornicaron,  
durante algunas breves semanas tormentosas.

Al acto inaugural asistieron sin duda embajador y  
[alcalde,  
todos aquellos que fueran enemigos de Verlaine y  
[Rimbaud.

\* \* \*

Sus actos y sus pasos se investigan, dando al público  
detalles íntimos de sus vidas. Nadie se asusta ahora,  
[ni protesta.

De ejemplos como los anteriores se deriva una primera generalización sobre los vínculos entre el poeta y la Academia. Un joven —y sobre todo un poeta— rehuye las instituciones por necesidad y por instinto. José Gorostiza confesaría, en su discurso de ingreso:

Durante mis años mozos mirábamos a la Academia con incredulidad..., aparecía a nuestros ojos como un frío y severo, aunque mudo, censor de nuestras apresuradas innovaciones. El objeto de su actividad era conservar el idioma; el de la nuestra —así lo creíamos nosotros, cuando menos— era enriquecerlo con nuestros hallazgos. La Academia nos merecía respeto y, en menor grado, admiración.<sup>1</sup>

Dos fechas miliares de nuestra Academia lo son también de la Historia de México: 1835 y 1875, es decir, la época que va del primer ensayo reformista a la República restaurada y el encauzamiento del país a través de instituciones. En medio de esos dos grandes hitos se perfila, contra todos los obstáculos, la llamada por José Luis Martínez *expresión nacional*. En los raros periodos

<sup>1</sup> José Gorostiza, "Discurso de recepción en la Academia Mexicana de la Lengua" en *Poesía y poética*, p. 141.

que les dejan libres la inevitable participación en el servicio público, el campo de batalla o el terreno parlamentario, nuestras plumas tratan de encontrar los mejores significantes para el significado México, empobrecido y saqueado por propios y ajenos. Desde la fundación de la Academia en 1835 es palpable la orientación política, conservadora y clásica, de sus integrantes. De aquellos ilustres fundadores, sólo dos eran poetas: Andrés Quintana Roo y Francisco Manuel Sánchez de Tagle. Un año después de la fundación de la Academia Mexicana, un grupo de muchachos funda, con el magro banquete de una piña azucarada, la Academia de Letrán. El más célebre de sus integrantes, un muchacho de dieciocho años llamado Guillermo Prieto, no ingresaría a la nuestra, pero recibiría el testimonio de admiración de varios académicos cuando en plena calle y en hombros de sus pares sus sienes fueron ornadas con un laurel de plata, que lo consagraba como el poeta más popular de México.

Conforme se integra el mapa de la República letrada, se perfila también la orientación de los poetas que ingresan a la Academia. Hoy, muchos de ellos han sido injustamente olvidados, en un país donde al adversario vencido no se le concede su lugar en la Historia. “Los reaccionarios que al fin son mexicanos”, dijo Justo Sierra con su habitual sentido de la justicia. Una fórmula simple podría establecer que los poetas académicos son conservadores y aquellos que se mantienen al margen son liberales. Más complejo, por fortuna, es el problema. Si la sátira fue una de las armas más poderosas del liberalismo, también lo fue de uno de los paladines conservadores miembros de esta Academia, don Ignacio Aguilar y Marocho, autor del extenso y divertido poema “El marqués de Jueves Santo”, en que hace la relación del intento de Ignacio Comonfort y Juan José Baz por abrir a cañonazos las puertas de la Catedral, ante la negativa del obispo de dejar entrar a las autoridades de la que llamaban plebe roja o canalla liberal. Escasamente es mencionado como poeta Ignacio Mariscal, cuando su lugar en la Academia está más que merecido por su excelente y temprana traducción de “El Cuervo” de Edgar Allan Poe; o José María Roa Bárcena, que tuvo el valor para ser

fiel a su ideología y escribir versos inscritos en uno de los arcos triunfales erigidos para la entrada de Maximiliano y Carlota. Ya en los estertores del siglo XIX, Balbino Dávalos, parte asimismo de nuestra corporación, traduce el poema de Théophile Gautier que parece corresponder con el trabajo ortodoxo de la Academia:

Cincela, esculpe, lima;  
que tu flotante ensueño  
imprima  
su poderoso empeño.

Cuando un poeta ingresa a la Academia, los ritos de iniciación exigen que al principio de sus palabras el nuevo cofrade inevitablemente haga uso de la primera persona. Viene después el gran desafío de combatir ese yo que, como quería el clásico, casi siempre es odioso. Es entonces cuando el poeta, que en principio se asume como el menos académico de los académicos, se siente en la obligación de parecerlo. De merecerlo. Dedicar, por tanto, su discurso, a justificar, primero ante sí mismo, por qué se encuentra en tal corporación. Un poeta académico no es lo mismo que un académico poeta, y ambas combinaciones ponen en serios problemas tanto al adjetivo como al epíteto, además de que resultan sospechosas para quien aún sigue creyendo que el poeta es candidato permanente al hospital psiquiátrico o toca la flauta por casualidad. De manera elocuente, pocos son los poetas que en la historia de la Academia no hayan tenido un pie en la creación pura y el otro en la interpretación crítica. ¿Quiere decir esto que el poeta que ingresa a la Academia sabe que de ahí en adelante acudirá a la poesía para otros fines que no sean los de no servir sino ser pura y libremente poesía? Carlos Montemayor dedicó su lección inaugural a la tradición literaria de sus antecesores; Jaime Labastida, fiel a sus dos alas, expuso sobre filosofía y poesía; Ernesto de la Peña, sobre la oscuridad lírica, acaso para poner en el terreno de la razón las iluminaciones de su excursión en lo desconocido; Adolfo Castañón sobre el polígrafo Reyes, en cuyo centro late, incandescente, el fuego de la poesía. Rubén Bonifaz Nuño



Entre otros, Renato Leduc, Carlos Pellicer, Andrés Henestrosa y Ernesto Mejía Sánchez



Carlos Pellicer y José Vasconcelos, entre otros

sobre la ciudad edificada sobre el canto, metáfora en la cual se asientan sus libros seminales.

En el caso de Alí Chumacero, poeta mayor desde sus primeros versos, su discurso de ingreso a esta Academia tuvo por título “Acerca del poeta y su mundo”. Espléndida lección de creación y vida, herencia de sus maestros los Contemporáneos, su primera intención es desentrañar los misterios y herramientas de la creación poética pero, en otro nivel no menos estoico, dejar desde un principio claro que los poetas “no son ciudadanos recomendables para disponer de algo más que de su propia conciencia”. Con absoluto convencimiento y sin falsa modestia, Alí Chumacero afirma que su oficio es el de corrector de pruebas. Sin embargo no todo corrector de pruebas puede ser poeta y, lo que es aún más difícil, no todo poeta puede ser corrector de pruebas, especialidad que exige una larga preparación, un ojo entrenado que no tiene que ser necesariamente el del poeta. Pero hay categorías en este oficio y la de don Alí es la más alta. Aunque no fuera autor de tres libros señeros de nuestra poesía, bastarían sus innumerables y nunca firmadas cuartas de forros para hacerlo miembro de esta corporación. Ceñidos y sabios, son textos que no hubieran nacido si su autor no tuviera la concentración y el poderío de un poeta. Para atrever una primera solución al problema inicialmente planteado, acudo a una lección verbal del propio Chumacero. En una ocasión nos dijo que el poeta sólo tiene una obligación: escribir, porque es como el piloto de carreras que domina las curvas, calcula la potencia de su automóvil y tiene además esa habilidad extraordinaria que se llama inspiración, ángel o duende. El poeta, resumía, debe manejar bien el coche aunque nada sepa de mecánica: someter el motor, obligarlo a que dé todo de sí, hacer que la velocidad y la belleza sean convulsivas o no sean. Para confirmarlo, citemos un fragmento de la carta donde Carlos Pellicer escribe su respuesta a la de José Vasconcelos, cuando le hace saber que ha sido designado académico de la lengua: “Lleva usted treinta años de proteger (*sic.*) a este pobre diablo que soy yo”. *Protejer* está escrito con j, y si alguien tuviera la osadía de reprochar al poeta, estaríamos perdiendo la extraordinaria lección de práctica de vuelo que es en su poderoso conjunto, la poesía de don Carlos.

Para ilustrar los antecedentes y la relación del poeta

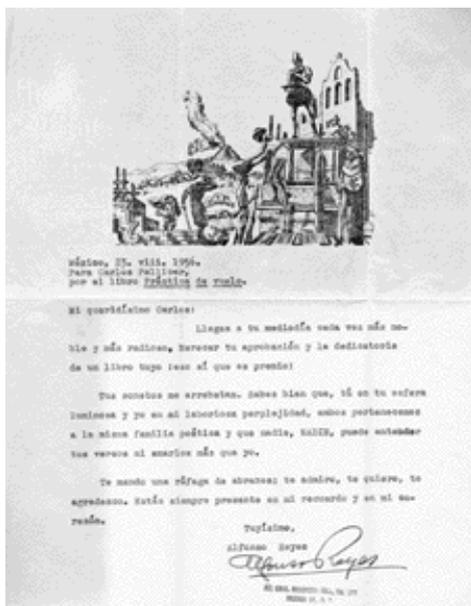
con la Academia, acudo a dos ejemplos, compañeros nuestros, paisanos, contemporáneos y poetas con mayúscula: el propio Carlos Pellicer y José Gorostiza. Sus destinos habrán de ser tan paralelos como divergentes; sus pasos infantiles tendrán por escenario las mismas calles y el mismo cielo de San Juan Bautista de Villahermosa; ya en la capital, se enfrentarán ante diferencias en sus conceptos de la amistad y de la poesía, pero mantendrán el vínculo fraterno como el más poderoso y auténtico de los afectos humanos. Pertenecientes a una misma generación, forjada “bajo el breve fuego de Ulises”, tendrán las mismas lecturas, librarán batallas semejantes contra sí mismos y contra el mezquino ambiente intelectual de su tiempo. Sin embargo, sus armas para el combate perdurable, el de la poesía que vence al tiempo, serán tan diferentes como sus personalidades. Discreto, interior, de pocas palabras, José Gorostiza; solar, Narciso y desbordante, tan polícromo como sus corbatas, Carlos Pellicer. Uno traza cuidadosamente en el papel pautado las notas que conformarán su futuro poema sinfónico, consciente de que la poesía es arte de sustracción y retención; otro inunda cuadernos y hojas sueltas con versos desbordantes que desde su primer trazo parecen confirmar la existencia de la inspiración, el ángel y el milagro. Apolo y Dionisios de un mismo grupo de poetas. Ambos vienen del trópico. Del trópico sensual y exuberante, pero al mismo tiempo sabio y antiguo. Pellicer lo asentó, en admirable síntesis:

Las horas se adelgazan;  
de una salen diez.  
Es el Trópico,  
prodigioso y funesto.  
Nadie sabe qué hora es.

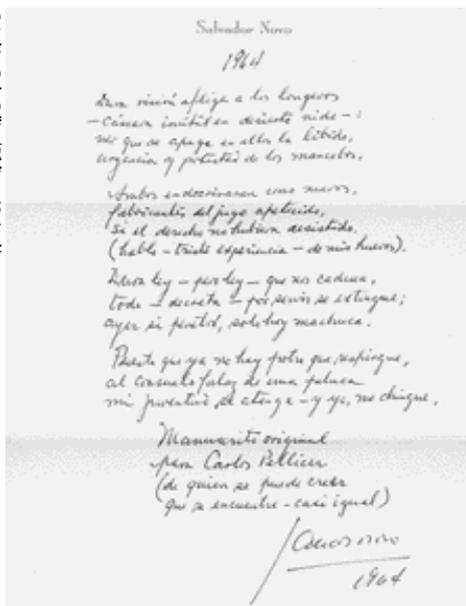
No hay tiempo para el tiempo.

Es en principio irónico que algunos de los grandes artífices de la poesía mexicana sean hijos del trópico. Específicamente en Veracruz nacieron Salvador Díaz Mirón, Jorge Cuesta, Rubén Bonifaz Nuño y Francisco Hernández, todos ellos afanados en pulir el verso hasta que quede “con la sonora oscuridad del hueso”. En Pellicer, que se confesaba abiertamente “ayudante

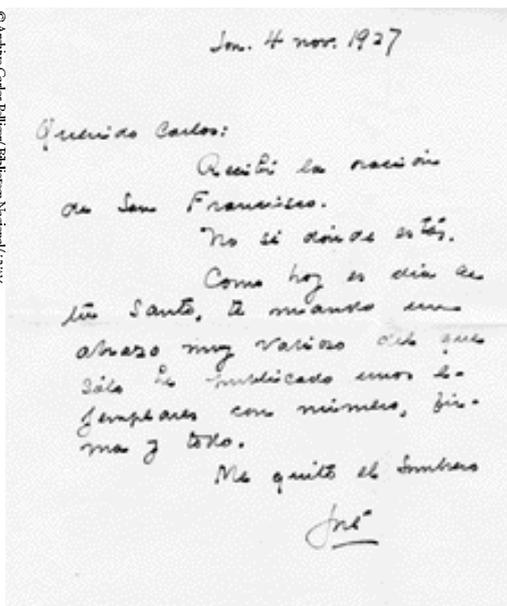
Quando un poeta ingresa a la Academia,  
los ritos de iniciación exigen que al principio  
de sus palabras el nuevo cofrade inevitablemente  
haga uso de la primera persona.



© Archivo Carlos Pellicer / Biblioteca Nacional / USA



© Archivo Carlos Pellicer / Biblioteca Nacional / USA



© Archivo Carlos Pellicer / Biblioteca Nacional / USA

Cartas dirigidas a Carlos Pellicer por Alfonso Reyes, Salvador Novo y José Gorostiza

de campo del sol”, la influencia es evidente e inmediata. En Gorostiza hay que buscar tal huella con la paciencia que exige igualmente su poesía. Por ejemplo, en esta pincelada, fina y honda, de *Canciones para cantar en las barcas*.

Ruedan las olas frágiles  
de los atardeceres  
como limpias canciones de mujeres.

Para examinar las actitudes de nuestros poetas ante la poesía y la vida, en los años de su educación sentimental, elijamos el año 1928, tan importante para la vida de México y el mundo. Es el año de la aparición de la polémica *Antología de la poesía mexicana moderna* firmada por Jorge Cuesta. El texto que en ella precede a la selección de Pellicer sostiene, entre otros juicios, “es inútil buscar en sus versos otra tendencia que no sea exclusivamente, la del goce de los sentidos”. De ahí que en carta a Gorostiza desde Roma, fechada el 11 de julio de ese 1928, Pellicer estalle contra la *Antología de la poesía mexicana moderna*:

Está hecha con criterio de eunuco: a Othón, a Díaz Mirón y a mí, nos cortaron los güevos. Todo el libro es de una exquisita feminidad... Es curioso: en el país de la Muerte y de los hombres muy hombres, la poesía y la crítica actuales saben a bizcochito francés.<sup>2</sup>

Cuando aparece la *Antología...*, Pellicer ha publicado ya cuatro libros de poesía: *Colores en el mar y otros poemas*, *Piedra de Sacrificios*, *Seis, siete poemas* y *Hora y 20*. No le falta razón al sublevarse ante el juicio, acaso muy

<sup>2</sup> José Gorostiza, *Epistolario*, p. 210.

ligero, expresado en la *Antología... Hora y 20* es uno de los libros más luminosos de la poesía mexicana y donde aparece Pellicer en la plenitud de sus jóvenes pero ya invencibles poderes.

Por lo que se refiere a Gorostiza, en ese 1928 sólo había publicado *Canciones para cantar en las barcas*. De él se afirmaba entonces:

La poesía de Gorostiza es, como su inteligencia, lenta y a la vez aguda... De aquí la brevedad de su obra... y, con su penetrante intensidad, el gesto de aparente pobreza con que se ofrece, desnudo, al lector. Tras su humildad laboriosa está su orgullo verdadero, justo.<sup>3</sup>

En su elogio y defensa del amigo Gorostiza, Pellicer va más allá:

Tú estás aislado, por varias razones. En primer lugar, porque eres superior a los demás y en segundo porque estás fuera de la moda. Lo mejor de tu poesía es tuyo.<sup>4</sup>

Otros de los momentos más altos de las cartas cruzadas entre Pellicer y Gorostiza son aquellos en que ambos confiesan uno al otro sus debilidades y terrores ante la poesía. Con un sentido del humor poco habitual en sus epístolas, Gorostiza escribe desde Londres:

No leo. No escribo. Londres me tiene completamente apendejado... Lo único que puedo decirte es que estoy peleado con la poesía, con la prosa, con el libro, con todo. El día que tenga un respiro de oficina me voy a encontrar con que ya no sé escribir ni una carta.<sup>5</sup>

<sup>3</sup> *Antología de la poesía mexicana moderna*, p. 212.

<sup>4</sup> José Gorostiza, *Epistolario*, p. 210.

<sup>5</sup> *Ibidem*, p. 199.

Gorostiza se hallaba en esa larga tregua de silencio, que duraría diez años, pero en la cual, no obstante los fantasmas de la esterilidad y de la frustración —no se olvide que el título de uno de sus libros es *Del poema frustrado*— se iban decantando los versos de *Muerte sin fin*. Cuando en 1939 lo da finalmente a la imprenta, confiesa al amigo Pellicer:

Sé perfectamente que hay en el poema pasajes débiles, oscuros, defectuosos, etcétera, que serían susceptibles de mayor elaboración; pero ya trabajé mucho en él, tanto que llegó a fatigarme y a ponerme por lo mismo en condiciones de no poder realizar ningún pro g reso. Es decir, ya le di todo lo que pude darle. No creo tener más en mí.<sup>6</sup>

En tre burlas y veras, los contemporáneos de Pellicer afirmaban que sus versos parecían salir sin ninguna corrección. No les falta razón. Entre la primera y la segunda intención de “Esquemas para una oda tropical” siempre elegiremos la primera por su arquitectura, solidez e intensidad. Ninguno de sus versos revela titubeos entre la idea y su realización.

El joven Pellicer aconsejaba a su amigo: “No pienses: ve, mira, alégrate”. Sin embargo, Pellicer, el gran cantor, tan vasto y caudaloso como el Grijalva tampoco estará libre de esos letales momentos de duda, que son aliciente para el creador auténtico:

Hace más de ocho meses que no escribo un verso. Te confieso ingenuamente que me entristece haber dejado de ser poeta; es indiscutible que en mí hubo una chispa de gran poeta, y espero que no me negarás tal cosa. Anoche me estaba yo bebiendo el paisaje con todo y Luna y rocas y todo; pero cuando quise escribir, todo se me volvió humo.<sup>7</sup>

En otra carta de esos años, Pellicer vaticina:

Cuando yo sea un pontífice máximo del idioma, te reirás muchísimo de mí... Ahora más que nunca deseo ser tu amigo, pues después de este incidente melancólico, dos espíritus tan desemejantes cofraternizarán perfectamente.<sup>8</sup>

De la autodenominada agrupación de forajidos, del grupo de diez que ort o d oxamente denominamos los Contemporáneos, la mitad de ellos fue admitida y aceptó ingresar a esta respetable Academia. Un cuarto de siglo después de sus aventuras juveniles, y con dos años de diferencia, Pellicer y Gorostiza ingresan a la Academia Mexicana de la Lengua, en 1953 y 1955, respec-

tivamente. Sus maneras de hacerlo manifiestan nuevamente su poética y su forma de ser.

Enemigo de solemnidades, pero no de los rituales, Pellicer ofrece una lectura de poemas, intercalados con algunas manifestaciones de su poética vital y de su credo político, bolivariano y enemigo de totalitarismos. Gorostiza, en cambio, evade toda alusión a la primera persona y ofrece una lección magistral sobre el poeta y la poesía, que aún hoy nos sirve como brújula para leer la poesía como instrumento de investigación pero también de vuelo. Gorostiza y Pellicer. Uno agnóstico, el otro creyente, ambos llegan a la Academia trayendo como invitado de honor, nada más y nada menos, que a Dios. Pellicer defiende en su discurso a la alegría y al deber que tiene con una de las figuras que desde su juventud fue central en su existencia:

Que la alegría del idioma —ya que no la corrección—, que guardo desde mi infancia, me dé la voz suficiente para defender en todo momento la libertad humana y en todas partes para alabar a Dios.

Gorostiza, por su parte, en esa lección de ética y estética que constituye su discurso titulado sobria y sabiamente “Notas sobre poesía”, afirma:

Nadie sino el Ser Único más allá de nosotros, a quien no conocemos, podría sostener en el aire, por pocos segundos, el perfume de una violeta. El poeta puede —a semejanza suya— sostener por un instante mínimo el milagro de la poesía. Entre todos los hombres, él es uno de los pocos elegidos a quien se puede llamar con justicia un hombre de Dios.<sup>9</sup>

En 1968, año en que recibe el Premio Nacional de Literatura, y mientras Novo expresa su apoyo a la actitud gubernamental en Tlatelolco, Gorostiza declara en su discurso de recepción ante el presidente, palabras que lo honran y honran a la poesía:

Durante mi vida pública, señor, tuve el honor de recibir distinciones que agradecí y continuaré agradeciendo vivamente; pero si he de ser sincero, y no puedo dejar de serlo, la mayor satisfacción de mi vida ha sido la de escribir en los ratos vacíos que le dejan a uno, a veces, las ocupaciones fundamentales.

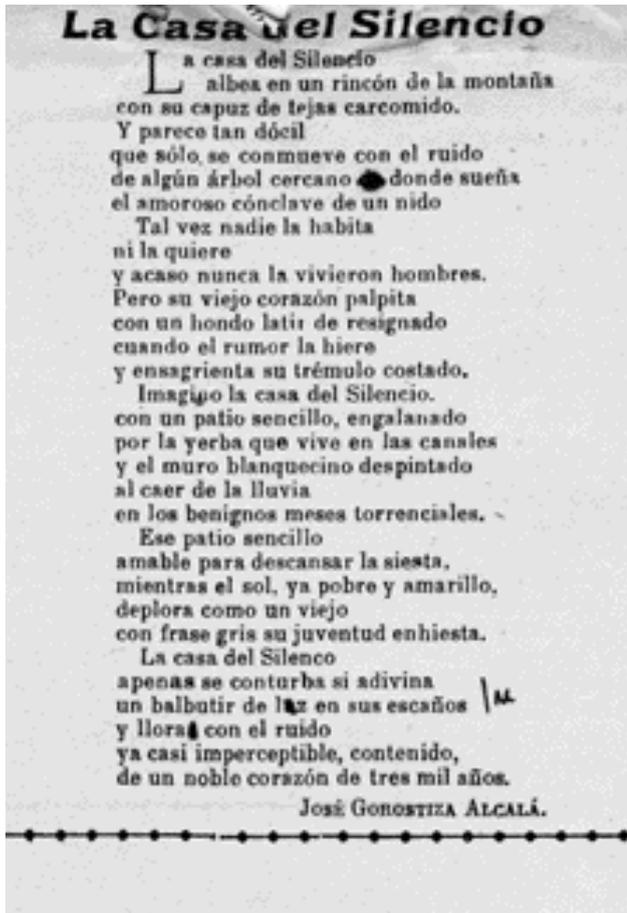
Gorostiza muere el 16 de marzo de 1973. Pellicer, el 16 de febrero de 1977. El periódico *Excélsior*, en su primera plana del día siguiente, consigna: “Murió el poeta y senador Carlos Pellicer”. El periodista tuvo el buen

<sup>6</sup> *Ibidem*, p. 380.

<sup>7</sup> *Ibidem*, p. 72.

<sup>8</sup> *Ibidem*, p. 67.

<sup>9</sup> José Gorostiza, “Notas sobre poesía”, *Cauces de la poesía mexicana y otros ensayos*, p. 78.



Diario Novedades, 23 de mayo de 1954

gusto de colocar primeramente el oficio insobornable, y en su escuela los senadores hicieron lo propio al escribir: "Su pérdida trasciende el marco legislativo y afecta a las instituciones culturales del país".

No es casual que el último texto publicado por Gorostiza esté dedicado a su compañero de armas:

La obra de Pellicer ha ido creciendo en grandeza cada vez más: grande su poesía, crece en dimensión, no en profundidad. Es algo semejante a la música que va desde la melodía, el ritmo, el acento, el colorido y la modulación, hacia la sinfonía. Y desde el punto de vista musical, mucha de la obra de Pellicer es un *crescendo* sinfónico. No es ya el canto, no es la pequeña canción sensual: explota hacia la grandeza.<sup>10</sup>

Las esculturas que en su natal Tabasco tratan de conservar en efigie la memoria de nuestros dos poetas, constituyen manifiestos de su existencia antípoda. Con los pies descalzos en la tierra, estoicamente arrugado por el sol y el pecho al aire, Pellicer; con un libro en la mano y enfundado en un traje más infame que la obra escultórica, Gorostiza. Para fortuna de ambos, su verdadera escultura, su memoria se halla, como en el caso del príncipe feliz de Oscar Wilde, en sus mejores acciones, las

<sup>10</sup> José Gorostiza, "Carlos Pellicer" en *Cauces de la poesía mexicana y otros ensayos*.

verbales. En sus poemas que al servir con altura y lealtad a nuestro idioma, honran a la tribu en su conjunto y a la Academia que tuvo clarividencia para recibirlos y sabiduría para conservarlos.

Si Gorostiza no olvidó a su amigo, Pellicer, por su parte, dedicó tres sonetos a la partida del primero en ir al encuentro con la "única realidad clara del mundo", homenaje a una amistad donde la sangre y la poesía consumaron sus poderosas nupcias:

Tu ausencia es para siempre. Te quedaste para siempre también. Juntos hallamos lo que nunca se encuentra. Embalsamamos lo frutal de la vida. Todo amaste

Sin decirselo a nadie. Tu desgaste fue propio de la luz. Si nunca estamos en donde todo el mundo, es porque estamos con nosotros y en todo. No hay contraste.

El papelito de la mariposa que cayó en una rosa, por descuido, sólo nosotros lo leímos. Cosa

que nadie toma en cuenta. Noche tuya fue día para mí. Lo prometido es deuda. Que anochezca y concluya.